LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

SENTENCIA.

YO Don Abundio Estofado, oido el parecer de mi consejera de Cocina la ilustre fregona, vengo en confirmar la sentencia que el infalible tribunal del Ambigú acaba de pronunciar contra Don Vicente Diez Canseco, acusado del gravísimo crímen de ser un buen poeta, y no haber escrito en La Risa mas que una linda poesía titulada *La risa de mi muger*. En su consecuencia, y dentro el término de ocho dias glosará el señor Canseco la siguiente decima, si no quiere que las maldiciones de D. Abundio le vuelvan mas *seco* que un *can*.

Por si es tuyo y por si es mio
el arco de un violin,
Pelayo y San Agustin
tuvieron un desafio;
pero en la orilla del rio
dieron con Ana Bolena
que peinaba la melena
al cantante Salvatori,
y entonando el gori gori
se fueron á la berbena.

W. A. de I.

A D. WENCESLAO AYGUALS DE IZCO
Y
D. ANTONIO RIBOT Y FONTSERÉ.

No hay nada que me asombre;
entro en cualquiera lid con entereza.
Por no ceder á otro hombre
hiciera la proeza
de arrojarme en un pozo de cabeza.

Mas ¿qué quereis que os diga?
Sofocado me tiene vuestro enredo:
un pesar me atosiga
que definir no puedo:
es la prudencia que se acerca al miedo.

Al veros tan sañudos
me encuentro yo mas negro que los tordos;
que es mas que hablar los mudos
y mas que oir los sordos
habérselas un *flaco* con dos *gordos*.

Pues si donde hay mas peso
fácilmente se inclina la balanza,
¿quién, aunque os gane en hueso,
á equilibrar alcanza
el peso colosal de vuestra panza?

Si es Ribot agraciado,
viene Ayguals corpulento y me acribilla;
y si á este no enfado,
la cosa es muy sencilla,
el preñado Ribot me hace tortilla.

Mas ¿quién diablos me apura?
Si pensais aplastarme la cabeza
con fuerzas de gordura,
dudad de esa firmeza
si yo saco mis fuerzas de flaqueza.

Cual suele entrar bramando
el riachuelo que en la mar desagua,
voy en la lid entrando
que mis desdichas fragua.
¿Qué puede ser? ¿morir? pues pecho al agua.

Tener muchos manjares
proclama el buen Ayguals á voz en grito;
y dice en sus cantares
que no le importa un pito
que le falte ó le sobre el apetito.

No es su discurso fútil;
pero Ribot, con diligencia vana,
que es conveniente y útil
en demostrar se afana,

tener poca comida y mucha gana.
Y pues me hacen perito
y en puesto irrevocable me coloco,
les digo y les repito
que en la cuestion que toco
ni este tiene razon, ni aquel tampoco.
Y probaré á cachetes
la eterna realidad de este precepto;

que un hombre de mofletes,
aunque no sea inepto,
nunca tiene razon en mi concepto.
No les niego el dictado
de vates consumados, merecido:
yo no soy consumado,
ni seré, ni lo he sido;
pero soy literato consumido.
Y así de carnes ávido
embisto á Fray Ribot ¡qué buen pseudónimo!
y á Ayguals me atrevo impávido,
que es singular sinónimo
de padre provincial de San Gerónimo.
Ayguals... por lo que dices,
¡quién te viera en un dia de barullo
capones y perdices
ostentar con orgullo,
sin poder atestar ese bandullo!
Por insípida cosa
desechar de jamones una carga,
la sardina por sosa;
y á la corta ó la larga
la dulce miel te pareciera amarga!
¡Oh! ¡Quién en pocos dias
te viera el lomo maldecir colérico,
y en tristes agonías
quejarte cadavérico
como muger en cinta, del histérico!!
Si quieres tener pecho,
nunca de pan, de carnes y de vino
te encuentres satisfecho;
porque verte imagino
calendario forrado en pergamino.
Y tú, Ribot, quisiera
que el hambre te acosara de mil modos.
¿Quién, infeliz, te viera
para irrision de todos
una mañana amanecer sin codos?
Si algun dia te halláras
de hambre canina, por tu mal, muriendo,
la lengua te escaldáras
con ansiedad comiendo
como suele decirse, un clavo ardiendo.
Si quieres ver de alambre
tu grueso fémur, con que el cuerpo rema,
tormenta sufras de hambre:
yo no tengo esa flema,
prosiga cada loco con su tema.
Y ya que tan contento
ensalzas ¡oh Ribot! la hambre canina
en un jocoso cuento;
eso mismo me inclina
á soplarte este cuento de cocina.
Cierto estudiante andaba
por ciudades y aldeas ambulante,
y el infeliz pasaba
un *hambre de cesante*
que es veinte grados mas que de estudiante.
Echaba el terno y taco
anhelando los goces de la olla,
que su estómago flaco
llenaba de bambolla,
fuera pan, fuera col, fuera cebolla.
Ganoso de manjares
en un meson se entró cual peregrino,
y urgando los basares
al despertar ladino
se encontró una corteza de tocino.
Por inútil no pinto
de su enjuto gaznate la alegría.
En todo aquel recinto
solo un chiquillo habia
que hacia que dormia y no dormia.
Fiero el tocino alcanza
antes que el hambre su garganta angoste,
y en su oprimida panza
que estaba como un poste

lo zampó sin decir oste ni moste.
Gritó el muchacho indino
¡madre! ¡aquí hay un ladron, con tales ganas
que ha comido el tocino
con que por las mañanas
suele untarse papá las almorranas!
Con horribles denuestos
maldice el estudiante cuanto toca.
¡Qué arcadas y qué gestos!
por mas que á Dios invoca
echó el pobre las tripas por la boca.
Ribot, si á cada instante
tu panza no has de ver mas afligida
que el mísero estudiante,
no quieras en tu vida
tener hambre y tener poca comida.
Coma Ribot engrudo;
no coma Ayguals hasta quedarse frio.
Morirán, no lo dudo,
aunque mozos de brio,
de hambriento Fontseré y Ayguals de hastío.
Y porque yo temblábalo,
quiero tener sin que me pongan sisa
mas hambre que Heleogábalo
y mas pistos que guisa
el sábio cocinero de La Risa.

Juan Martinez Villergas.

EL SOMBRERO.

A estamos en el tercer tomo de La Risa. Verdad de Pero-grullo, como las de: vuelan las aves, andan los cuadrúpedos (y otros que no son cuadrúpedos), braman los toros, mayan los gatos, aullan los perros, y... échele Vd. un galgo á las que pudiera citar. Dije que estamos en el tercer tomo de La Risa, y que el *ciudadano* Ayguals ha dado cuatro retratos de cuatro *ciudadanos* poetas, á cada uno de los suscritores, que usando de su *ciudadania*, aflojó cincuenta del pico, pero adelantados, que ahí está el *busilis* de la cuestion.

Yo, aquí en donde Vds. me ven (por supuesto en letras de molde) soy un cristiano como una loma, aunque mi padre es el moro *Abenamar*. Pero ¿qué tiene que ver toda esta algarabía con el sombrero? dirá el lector en sus adentros. Tiene que ver, y á *verlo* vamos. El susodicho *Abenamar* (estilo que huele á fiel de fechos que trasciende), cantó en uso de su soberanía moruna la invencion ridícula del *corbatin*, las atormentadoras *ligas* y las *medias* agarrotadas por estas. De aquí se deducen dos consecuencias: primera, que ya no son solos los verdugos los que dan garrote; y que tampoco son solos los reos los que son agarrotados. Un verdugo mas ¡qué horror! las *ligas*: una víctima mas de tantas inocentes como se sacrifican en holocausto de la patria y de la libertad; ¿quién dirán Vds. que es? ¡qué lástima de criaturas!... las *medias*. Segunda consecuencia: que mi señor papá, en vez de *progresar*, ha *retrogradado* en sus cánticos *risueños*; pues desde el pescuezo ó cuello, ó como lo quieran Vds. llamar, ha descendido nada menos que á las pantorrillas de la especie humana. Yo, como hijo suyo, y *heredero de su gloria* (¡cosas del P. Ripalda!), quiero remontarme á mas altura, y ascendiendo de las pantorrillas, me soplo de un brinco en la parte alta del cerebro, de tal manera, que me coloco en una posicion que domina al hombre. ¡Tal es el afan de dominar en nuestros tiempos! Pero en mi ascenso *sombreril*, ruego al dios Momo que no me suceda lo que al compadre Icaro, y me rompa la crisma en el santo suelo, aunque yo no llevo alas de cera, como reza la señora Fábula (que, entre paréntesis, es una señora muy embustera), ni aunque no haga un sol que se achicharren los gorriones. Bien: se me ha puesto en el magin que mi pobre articulejo no vaya en verso; en primer lugar, porque es mas original en La Risa, en donde las celebérrimas odas á las *Judias*, *Salchichon*, *Tabaco*, *Ajos* (¡vaya un potage!) merecen justamente la fama europea de que disfrutan; en segundo lugar, porque estoy harto hasta el esófago de versos; no se oye otra cosa: «el drama, nuevo, original y en *verso*: la comedia, nueva, original y en *verso*: el picaruelo del muchacho ya hace *versos*; pero ¡cuánto *verso* trae el periódico A ó la revista B!: y versos y mas versos, que es seguro que si se encontrára una máquina, que por medio de una operacion química redujese los versos á líquido, nadaria la generacion actual en un piélago de sonetos, décimas, epígramas, endechas, octavas reales y epitafios. Tampoco quiero jugarla de rigorista, ni de *machacon*; en mi artículo habrá de todo, sapos y culebras, como suele decirse, pues que no es conveniente escribir con *arreglo* á las *reglas* en toda una enciclopedia de estravagancias.

Me encajo pues en cuerpo y alma en el sombrero; no es decir esto que se zampe de patas mi humanidad dentro del sombrero, sino que voy á tratar de él.

No voy á cantar las glorias del sombrero,
le tengo un odio mortal,
y es odio tan fulminante,
que lo ponia al instante
en *estado escepcional.*

Esta no es una alusion política, es una alusion

estravagante. No cogeré yo la trompa de Homero, ni de Virgilio para hacer de mi artículo «*el sombrero*» una *sombrereida* ó una *sombreriliada*. Nada de eso, ni entonaré vertiendo por las narices á quintales el tono magistral:

. . . . . .

y con acento fiero
las glorias canto del primer sombrero.

Tampoco escribiré á lo *clásico*, siguiendo el cómputo cronológico de los tiempos, encabezando mi artículo con una cita correspondiente, y encajando despues por via de instruccion profunda, cinco ó seis inscripciones en latin, halladas en los sepulcros del rey Carrion y de la reina doña Urraca; deduciendo de ellas que en tiempo de sus magestades se usaban ya sombreros en figura de paralelipípedos prolongados, con cada cerda de media vara.

Tampoco seguiré la pauta de los señores *románticos*, ni cantaré las ridiculeces del sombrero, como ellos lo hicieran, en esta chocante cuanto estrafalaria forma:

Fragmento.

EL SOMBRERO.

I.

. . . . . .
. . . . . .
Allá de las nubes el rayo resbala
rompiendo los aires cual ángel de luz,
y en hilos de niebla plegados al viento
esconde la noche su negro capuz.
De antiguo castillo poblado de buhos
los ecos salian de opaco rumor,
y el trueno á lo lejos rodando entre peñas
allá en los sepulcros causaba pavor.
. . . . . .

II.

El triste sombrero en tanto
flotaba allá en la laguna,
y el dueño sumido en llanto
entona lúgubre canto,
maldiciendo su fortuna.
. . . . . .
. . . . . .

III.

. . . . . .

Ya han visto Vds. que no me peta ninguno de los géneros de escribir, arriba citados, y que por consiguiente mi lema constante es el de «*independencia y sopas.*» El artículo del sombrero parecerá que lleva sobrado exordio; así como así á los sombreros les sobra copa y les falta ala, luego en algo nos hemos de parecer. Basta de prologómenos, y vamos al grano.

Sin ir muy lejos, nos encontramos de manos á boca con los *chambergos*, que fué una de las frutas que nos vinieron allende del Pirineo. Siempre nos hemos pirrado por imitar. ¡Viva el españolismo neto! Sombreros de suyo ridículos y estravagantes, que nos regalaron los flamencos. Ala, un paraguas ambulante; copa, una taza puesta boca abajo, y una pluma que remataba la ridiculez, pues parecian gallos ingleses los caballeros de la corte de Felipe IV. Así los bautizó *Lope de Vega*:

«Y ¿qué es ver tanto maton,
muy erguido y puesto al olio,
con *sombrerazo de á folio*,
ostentando el espadon?

Sombrerazos de á folio eran, si señores mios, los que quisieron resucitar los estudiantes de la M. H. V. de Madrid. Ni al mismo demonio en figura humana se le ocurre semejante atrocidad. Y digo yo, comentando á *Lope de Vega*, al recordar aquellas máscaras estudiantinas:

¡Que era ver en esta villa
tanto colegial al ólio,
con *sombrerazo de á folio*,
cual raton bajo escudilla!

Dejando aparte estas semi-embarcaciones, que yacen postradas en las aguas del rio del Olvido, pasemos á otras no menos estrafalarias que estas. ¡Oh sombrero de *tres candiles*, que posaste, cual mosca en calavera de calvo, en la empolvada y enmelenada cabeza de Fernando VI! ¡Un rey, todo un REY con *tres candiles* en la cabeza!

Gran Federico, el Valiente,
no contando veinte abriles,
llevó su correspondiente
sombrero de *tres candiles*.

No debo hablar mas de él, porque lo de *tres candiles* es suficiente para calificar de malo, no digo á un sombrero, sino á un hombre que tenga exactamente las *tres* virtudes teologales, que son: *fé*, *esperanza* y *caridad*; es el símbolo de hacer á tres palos; y el de soplar el aire por tres partes, es decir, por norte, mediodia y saliente, que en ese caso es el hombre una torre de Sta. Cruz con tres veletas.

Y aunque es cosa algo alegórica
lo que acabo de decir,
siempre es justo permitir
una figura retórica.

Los sombreros llamados de *tres picos*, ocupan

en nuestra historia un lugar importante. Yo... casi me dan tentaciones de defenderlos. Su orígen, sin embargo, es sangriento, es revolucionario. Cansados los *picos* de estar orizontales, se *pronunciaron* contra si mismos, que el *pronunciarse* contra si mismo es el peor de los *pronunciamientos*. Hubo aquello de andar al morro que era una bendicion de Dios, y el resultado de la refriega fué que salió vencedor el de mas fuerza, cosa que sucede muy á menudo, quedando perpendicular y alzando la cabeza al cielo como quien dice: «aquí estoy yo.» Los otros dos *picos* quedaron orizontales como antiguamente, y con la humillacion del que sale vencido, parece que están diciendo: «perdon.» No puedo asegurar el dia de la batalla, conocida con el nombre *de los picos*; pero sí puedo decir que sucedió mil años antes del nacimiento de N. S. Jesucristo; la hora permanece ignorada, pues todavia no se habian inventado los reloges.

Hé aquí el origen de los sombreros de *tres picos*. Sombreros que pululaban por entre la sabiduría en las universidades, en donde eran el símbolo del *hambre*. Yo saco de aquí una consecuencia un poco *hambrienta*: que los libros y las cucharas de palo han estado unidos siempre en este pícaro mundo, luego *hambre* y *sabiduría*, sinónimos. Pulularon... hasta en la tauromáquia ¡qué horror! un torero con sombrero de *tres picos*, es lo mismo que un coracero con enaguas. El ver en la plaza de toros de Madrid al tio Perico Romero (y no á D. Pedro Romero) dar una limpia estocada á *volapié*, con un sombrero de *tres picos* encasquetado hasta los ojos, era el anacronismo mas atroz que han visto los nacidos. ¡Qué cosas tenian nuestros abuelos! ¿Y dónde me dejan Vds.

ver á tantos muchachones
que bien pobres ó bien ricos
con sombreros de tres picos
parecian ya *ochentones*?

Los tales *picos* fueron ruines y miserables hasta en el número, eran *tres* solamente, no pudieron llegar á *cuatro*. Verdad es que los llevaron Moratin, Melendez, Floridablanca y otros muchos sábios, que, perdóneme su ausencia, á pesar de su sabiduría y su talento, eran ridículos y estravagantes.

El capitan del siglo, se me dirá, el grande NAPOLEON, el vencedor de Austerlitz y de Marengo, llevó sombrero de *tres picos*. Cierto, certísimo, y á fé, á fé que no me dejarán mentir las aleluyas. Pues á eso respondo yo *mal* imitando á Iglesias:

¿No veis á Napoleon
con la cara de guerrero?
Pues con su rostro, sombrero,
su carácter de leon
y sus sesos de elefante,
era un hombre estravagante.

Basta de sombreros de *tres picos*; y vamos á otros que se pasan de *chatos*; mientras rezo á aquellos el siguiente

EPITAFIO.

Bajo esta losa se esten,
requiescant in pace. Amen.

Los sombreros de *copa alta* se presentan á nuestra vista. ¡Cuántas variaciones ha inventado la pompa vana de los hombres! ¡Qué de ridiculeces en los sombreros! ¡Oh necedades mundanas! Pero.... no señor, esto va muy triste, no me acomoda seguir como lo podria hacer un esclaustrado hambriento, que son dos gracias divertidas.

Ya sombreros en forma de alcuza boca abajo, ó hablando geométricamente, de figura cónica. Estos no los llevan ya mas que los cesantes, quienes los sacan del polvo del olvido, de entre muebles viejos, de algun desvan lleno de telarañas, y que permanecian *jubilados*. Ya sombreros en forma de morrion, derechos como husos. Ya sombreros á lo *setembrista*; copa baja, ala ancha y sus borlas correspondientes, que no parecia sino que llevaban el *progreso* colgado de las borlas. En fin, sombreros á la *derniere*. Estos son unos sombreros en miniatura, propios de gente menuda, de jovenzuelos chiquilicuatros y de personas de cabeza redonda; son por decirlo así, escrúpulos de sombreros. No se apuren Vds., que ya inventarán *les français* otra clase de sombreros como los de los maragatos, y váyase la una por la otra.

Tambien hay sombreros con.... (no me atrevo á decirlo).... con.... CON GRASA!! Traslado á la oficina de D. Abundio. Los *calañeses*.... ¿para qué hablar de ellos? si de cualquiera manera que consideren Vds. al *sombrero*, les parecerá ridículo.

Y ya cargándome estan,
que su moda es tan *cargante*,
que tentaciones me dan
de encasquetarme un turbante
como el que lleva el sultan.

EDUARDO LOPEZ PELEGRIN.

LETRILLA.

¿Quién el sublime
y original
DÓMINE LUCAS
no comprará?
Esto les dije
yo con afan
á los vecinos

de mi lugar.
Gritaban muchos:
¡vaya, no estan
los tiempos estos
para gastar!
Mas, convencidos
de la equidad
con que sus obras
publica Ayguals,
Me contestaron:
vamos allá,
que esa es harina
de otro costal.

—

Sinforianita
la de Don Blas,
tiene un rendido
jóven galan.
Ella le quiso
desperdiciar
porque no gasta
guantes ni frac.
Pero su madre
que es muy sagaz,
no la permite
volverse atrás.
Porque hay muy pocos
que quieran ya
sufrir la carga
matrimonial.
Y la otra dice:
pues venga acá,
que esa es harina
de otro costal.

—

Hice yo un dia,
veinte años ha,
de no casarme
voto formal.
Porque he pensado
¡voto va san!
que pobre y fea
me ha de tocar.
Mas si por una
casualidad
hallo una Venus
angelical
De quince abriles
y sin mamá
y un millonccjo
de capital,
Diré: no hay voto
de castidad,
que esta es harina
de otro costal.

Luis se pronuncia
con mucha sal,
porque la patria
quiere salvar.
Nada pretende;
no quiere mas
que la española
felicidad.
De los ladrones
habla muy mal
que solo chillan
para medrar.
Razon le asiste;
mas si al final
al tal patricio
turron le dan,
Seamos francos
¿lo escupirá?...
Esa es harina
de otro costal.

—

Esta cuaresma
me ha de matar
con tanta y tanta
necesidad.
Aunque me pierda
con Barrabás,
voy los ayunos
á quebrantar.
Pero ¿qué digo?
no haré yo tal,
que lo condena
la cristiandad.
¿Qué es lo que al cabo
resultará?
¿Morir de horrible
necesidad?
Para eso alcanzo
la gloria allá,
que eso es harina
de otro costal.

—

Cierto frailote
vi predicar
contra la poca
moralidad.
Encarga el sesto
no quebrantar,
porque es al alma
perjudicial.
De que Pepita
tuvo un galan,
treinta rosarios
la hizo rezar.
Porque una dama

mantiene Juan,
creo que á Roma
descalzo va.
¿Y qué hace el fraile?
Mantiene un par
. . . . . .
Esa es harina
de otro costal.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

ATAQUE Y DEFENSA.

Si para todos los males
hay remedio en este mundo,
yo no sé por qué razon
han de lamentar algunos
el mirarse á cada paso
con un amigo importuno
que, con el album en ristre,
les pide cuatro rasguños.
Yo soy hombre que lo entiendo;
si alabarme no procuro...
Mas no me podrán decir
que no sé hacerlo con pulso.
Digo, que entiendo el busilis,
y que huyendo siempre el bulto,
por no escribir una sílaba
paso por grosero y brusco.
Vino á verme la otra tarde
mi amigo, el señor don Bruno,
y despues de prodigarnos
mil cumplimientos á duo,
sacó el consabido mueble
y en las manos me le puso,
siguiendo á la accion el diálogo
que á continuacion embuto.

EL... No quisiera molestarte;
pero tengo un compromiso....
Vaya, con que... ello es preciso;
para esto vengo á buscarte.
YO... ¿Que escriba unos versos
me dices en suma?
Los hago perversos:
no cojo la pluma.
ÉL... Ya sé yo que eso es hablar;
vamos, empieza, y no juegues.
YO... Que no.
ÉL... Volveré á rogar.
YO... Yo te ruego que no ruegues.
ÉL... Haz, sin mas dilacion, en verso ó prosa,
una composicion á cualquier cosa.
¿Nada sabes del sol, astro divino,
que en su hermoso Cenit.....
YO... (Este desbarra.)
Solo sé que en verano me achicharra;
Mas, dejemos ya el sol, porque imagino
que si me pongo á hablar de sol y estrellas
acabaré con rayos y centellas.
ÉL... Ya que al sol no te levantas,
¿por qué á las plantas no cantas,
del campo ornamento vario?
YO... ¿Cómo he de hablar de las plantas
si nunca he sido hervolario?
ÉL... ¿Quién no admira en una flor
las obras del Criador?
YO... Sin que nadie me lo diga
en un clavel puedo ver
la obra del Supremo Ser,
mas, tambien veo en la ortiga
las obras de Lucifer.
ÉL... Venga ya una respuesta categórica.
YO... Voy allá, que no gusto de retórica.
Lo haré con decirte,
querido Santana,
no puede servirte

MANUEL JUAN DIANA.

EPIGRAMA.

Riñendo á su esposa Andres
por yo no sé qué pecado,
¡calla! la dijo enfadado,
¡animal de cuatro pies!
Y ella, frunciendo las cejas,
dijo: no es por injuriarte;
pero bien puedo llamarte
animal de cuatro orejas.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

AMBIGÚ.

Salchichon.

Se elegirá la carne magra y corta del cerdo: se añadirá la mitad de su peso de hebra de vaca, y otro tanto de tocino que se cortará en pedazos mientras se pican juntas las otras dos: se sazonará echando cinco onzas de sal por cada seis libras de carne preparada, un polvo de pimienta molida, otro tanto de quebrantada, y tres octavas de nitro, cuyo conjunto se mezclará lo mejor que se pueda. A la mañana siguiente se llenan los intestinos de vaca, ú otros mas gruesos que pueda haber, machacando bien la carne con un mazo de madera, y se atarán fuertemente cuando esten bien llenos; se ponen en un caldero dejándolos que se bañen en sal mezclada con una parte igual de nitro por espacio de ocho dias; despues se secan al humo, y se bañan con heces de vino en que se haya hervido salvia, tomillo, laurel y albahaca. Cuando esten secos, se envuelven en un papel para conservarlos en ceniza.

CAZA.

OBSERVACION.

Las entradas que pueden hacerse de caza son: la becada rellena, un pato en salmorejo, una liebre guisada, un conejo, un gazapillo, un perdigon ó perdiz con coles, y chuletas de jabalí, de cabrito, y de todas las empanadas confeccionadas con caza.

Becada rellena.

Se abre por detras para vaciarla, y se pica bien todo su contenido con la mitad de tocino en rebanadas delgadas; se añade peregil, zanahorias, sal y pimienta quebrantada y relleno. Con esta composicion se cubre toda con lonjas de tocino, poniéndola en el asador, y sirviéndola como las siguientes.

Becadas asadas.

Las mejores son las que se comen en invierno: se las rodea con lonjas de tocino gordo sin destriparlas, doblándolas las patas sobre sí mismas, y atravesándolas con su largo pico que puede muy bien servir por aguja de mechar; se ponen en el asador, y despues de haber cortado largas rebanadas de pan para tostarlas, y ponerlas en el sitio en que desprendan la grasa á fin de que la reciban, se colocan en un plato, y encima las becadas.

Guisado de becadas.

Lo mismo que el de perdiz, valiéndose de todo su interior para hacer la salsa.

Becada á lo paisano.

Cuando estan asadas se hacen pedazos, y se pica todo lo que contiene el cuerpo, escepto las mollejas: se añaden zanahorias, peregil, pimienta, un poco de manteca, y dos vasos de vino blanco: se hierve todo añadiendo un poco de raspadura de pan, y al cabo de algun tiempo se colocan las becadas para que vuelvan á calentarse y servirlas.

Codornices.

Despues de asadas y envueltas en hoja de vid, y puestas á un fuego templado á causa de su grasa, no se las destripa nunca, se procede lo mismo que respecto á los tordos.

Pato asado.

Se cuece en una cazuela sin mecharlo ni albardarlo, y se introduce en su interior una cucharada de aceite, zumo de un limon, sal y pimienta con un poco de agua, con cuya salsa se sirve.

Cabrito.

Entre las partes del cabrito hecho cuartos, son preferibles los dos traseros.

Cuarto de cabrito asado.

Se juntan los dos cuartos, se les quitan los huesos principales, así como las membranas que los cubren, y se ponen en adobo, como se dirá para el cuarto de cabrito en asador, se pone en el asador, y cuando está ya en sazon, se sirve con una salsa de pimienta ó de tomate.

Gigote de cabrito.

Deben quitarse las membranas y tendones á un trozo de cabrito asado, y se picarán menudamente: se pasarán por manteca, setas, peregil y ajos muy menudos; se polvorean con yerbas, y se le echa vino blanco y caldo. Cuando todo está bien sazonado se añade el picado que se sirve despues con coscorrones.

Adobo de cabrito.

Se mecha el cuarto de cabrito con mechones gruesos: se pone luego en una vasija de adobo con cebollas, ajos, tomillo, laurel, un ramillete, sal y especias, y se le echa tanto vino como caldo: se añaden cortezas de tocino, y se cuece todo á fuego lento por espacio de cinco ó seis horas. Cuando está en su punto, se sacará y se sirve con una salsa de pimienta, y aun con salsa picante hecha con el mismo cocido pasado por tamiz.

MADRID.—1844.

IMPRENTA DE LA SOCIEDAD LITERARIA.